

# ONDA CORTA

—OCURRIÓ EN OCTUBRE DE 26...

LOS MENSAJES de los observatorios, a las doce m., anunciaban "inminente peligro". Y en el viejo Morro, que puede narrar toda la historia ciclónica, desde la construcción de la fortaleza y la farola, se había izado ayer la clásica bandera roja. Los barcos, de acuerdo con este signo, no deben abandonar el puerto, so pena de ser tragados irremisiblemente entre los vertiginosos torbellinos... Sólo el mar indiferente podría contar por ejemplo, la suerte que corrió el "Valbanera". El anciano trasatlántico español, no osando arribar, ante el peligro de estrellarse, apenas se asomó al puerto habanero, en una tarde aciclonada... ¡Y nada ha vuelto a saberse de él, ni de su tripulación, ni de sus pasajeros!... ¡Pasado el temporal no apareció en ninguna playa ni un cadáver, ni un bote, ni un salvavidas, ni una astilla!... Pero, una catástrofe más ¿qué importa al viejo mar, eterno delincuente?... En el ciclón de 20 de octubre de 1926, el meteoro, nos encontró casi tomándolo en broma... Además, no había radios que pusieran en contacto al pueblo, con los observatorios, con las autoridades, con las estaciones meteorológicas extranjeras... Las precauciones tenían que ser notificadas domiciliariamente por la Policía... Ahora, cada quien puede asistir, desde su cama, a la marcha ondulante o zigzagante del ciclón, transmitida, a cortos intervalos, por las radioemisoras más potentes, combinándola con las operaciones militares en Europa y Asia, con la campaña electoral en el Norte, con los blues cabaretieros de Miami, con las últimas noticias nacionales y extranjeras, en fin... Este aparato que a veces constituye un verdadero tormento, cuando es usado por gentes mal educadas y vulgares, con "todo el diapasón", ahora, en vísperas del "inminente temporal", es un auxiliar poderosísimo del gobierno, de la Cruz Roja, de las Compañías de Seguros, etc., etc., para salvar vidas, propiedades y haciendas... El 19 de octubre de aquel año de gracia, un diario habanero que sólo salía semanalmente con la lista de lotería, lanzó una edición nocturna extraordinaria, anunciando la "inminencia del meteoro"... ¡Y nadie hizo caso!... "Se la tiró a relajo"... Todo el mundo, menos los editores, por supuesto, creían que "era una falsa y sensacional noticia, para vender"... Como los diarios matutinos, casi no alcanzaron a divulgar la mala nueva, el meteoro que a las

nueve de la mañana había comenzado su marcha feroz sobre La Habana, encontró a la Ciudad alegre y confiada "asando maíz"... La Ciudad quedó sin pan, sin carne, sin leche, sin combustible, sin electricidad durante muchas horas.

\* \* \*

COMO jamás habíamos contemplado semejante espectáculo, nos lanzamos a la calle, entre un bombardeo de "avisos", focos del alumbrado eléctrico, densas masas de agua, de viento, que bramaban furiosamente. ¡En la esquina de Galiano y Virtudes nos detuvimos! En el portal de la antigua Farmacia de "Piñar" había un bunch abigarrado de hombres, niños, mujeres, casi en paños menores, pues habían bajado de sus habitaciones con una precipitación indescriptible... ¡Ahí un policía que se atrevió a cruzar la calle fué arrojado al suelo y lo vimos rodar como un cilindro negro, envuelto en su negra capa, durante largo trecho!... Las "vallas" que amparaban la naciente estructura del Hotel Lincoln fueron violentamente arrancadas y disparadas, como proyectiles, sobre las vidrieras de la ferretería vecina, haciéndolas trizas... En largos trechos no quedó vidrio sano ni aviso lumínico, en su puesto... La música wagneriana de la cristalería rota que rodaba por la calle era imponente... Era, en verdad, una endemoniada serenata de vidrios, trozos de madera, puertas y ventanas rotas y estremecidas, combinada con el lúgubre aullido del viento, colándose por todos los intersticios e inundándolo todo con formidables y desatadas trombas... ¡Hubo gentes degolladas por láminas de zinc que volaban por los suburbios, convertidas en afiladas cuchillas esgrimidas por invisibles asesinos... La Avenida del Golfo era un río turgente... Algún rato tuvimos que nadar, vestidos, en la turbia corriente... Y, así cuando hacia la tarde se había restablecido totalmente la calma, llegamos al "Heraldo de Cuba", el periódico estaba casi desierto: la redacción estaba inundada, chorreaban las paredes, rezumaban los libros, sudaban los retratos... En medio del cuadro, el fraterno Manolo Salas, estaba en puro B.V.D., semidesnudo, tratando de "achicar el agua". Ayudamos al malogrado Salitas en la faena, que él desarrollaba difícilmente guiado por su único ojo...

\* \* \*

—¿Y AHORA qué hacemos? me preguntó Manolo, tirando la escoba, hecha un hisopo, a un rincón. No hay servicios telefónicos, ni telegráfi-



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

cos, ni cablegráficos... No hay linotipistas... No hay repórters... Aquí no hay nadie ni nada. Creo que el periódico no podrá salir mañana...

—Bien. Ripostamos. A proveernos de abundantes trabucos... A cazar el personal disperso... Algunos bloqueados en zonas inundadas...

Hacia la prima noche llegaron, entre otros: Lorenzo Balbi... Julito Gaunard, calado hasta los huesos, como nosotros, llevando un arsenal de chistes nuevos... Llegaron otros... Nos distribuimos el trabajo... Con el futuro comandante Torra fuimos a ver los heridos a los hospitales... En la "explanada de la Capitanía del Puerto" los muertos estaban apilados como sardinas... Remolcando al decano de los fotógrafos, Rafael Blanco Santacoloma, se tomaron fotografías impresionantes "muy movidas"... Hacia la media noche "llegó la electricidad" y con ella los servicios telegráficos, etc... Llegaron los linotipistas, los tipógrafos, etc., los correctores de pruebas. Pero a la una de la mañana sólo estábamos en la redacción Salitas, Balbi—actual y diligente repórtero de la C.M.Q. Unos dos más. Y el cronista... A las nueve de la mañana, nos preguntamos, ¿qué falta? Todo, en realidad, ya estaba en talleres... Entonces este ONDERO hilvanó el pánfleto ciclónico, describiendo a grandes pinceladas el desastre, deplorándolo, sacando ciertas conclusiones... Por ahí debe andar el número del "Heraldo de Cuba", como una curiosidad, en Bibliotecas y archivos. Ya nos retirábamos, con la satisfacción de haber trabajado heroicamente, solos, ingrimos, los cuatro gatos que permanecemos al pie del cañón... A nosotros no nos correspondía aquello, pues nuestro sitio era la Cá-

mara, informaciones especiales, entrevistas. Sólo cuando se labora, con alegría, sin aprietos económicos, en un claro ambiente de camaradería—como el que hoy reina en EL MUNDO—se operan estos milagros de esfuerzo personal hechos con gusto. A las diez arribó, enorme, panzudo y explosivo, como siempre, el director G. González Beauville. ¡Pasó revista brevemente! Y al constatar algunas faltas en el alto mando, se deshizo en una tempestad verbal... Pero el meteoro catilinario recurvió fácilmente, hacia otras zonas indefensas, cuando camaraderilmente le explicó este cronista que aquello no eran deserciones, ni fugas, ni faltas, sino que los compañeros ausentes no habrían podido llegar, cercados como estaban por el agua, sino en bote, canoas o aeroplanos... Una ancha cargada de aquel hombre corpulento, de voz baritonal, malcriado a veces (nunca con este Ondero) pero siempre con un gran corazón infantil, terminó el incidente, del cual pueden dar fe, entre otros, Roselló, etc. Y, a las once de la mañana en punto, es decir, su hora cronométrica, los canillitas corrían por la ciudad, pregonando "Heraldo", "Heraldo", "Heraldo"...

J. G. S.

M, Nov 19/44